



La Tribuna

Segunda época

Semanario "Sui generis,"

Año I.—Núm. 5

Murcia 1.º de Septiembre de 1901

LA FERIA

La fiera del último villorio de los pobres de las naciones, es esta feria que hoy comienza. Nunca se dió como ahora esta carencia absoluta de festejos, nunca tampoco tuvo la feria de Murcia tan escasos atractivos como la actual. En tanto que las poblaciones todas, cualquiera que sea su importancia se desviven por mejorar sus fiestas, aquí permanecemos en la más mortat inactividad. Ni es lo que dicen representar al pueblo de Murcia se cuidan de la feria, ni el comercio y la industria principales interesados, hacen nada por ella; los que se creen amantes de su país y celosos defensores de su prestigio, cuidan de él organizando buenos festejos y, hasta hay periódico que olvidando su deber de fomentar y defender cuanto redunde en beneficio de la población, pone el impi á la feria, diciendo que no tiene razón de ser, que debe desaparecer, que con los festejos de Abis... casi le falta poco para decir que debemos dar las gracias al Ayuntamiento porque ha empujado esos viejos tablazones, que forman las casetas. Y así, olvidando unos sus deberes, desconociendo otros sus conveniencias y dominados todos por la terrible inactividad, va la feria decayendo cada año mas.

No es pues la decadencia de la feria obra de Fulano ó Mengano. Unos mas, otros menos, todos tienen parte de culpa y esto es lo sensible; porque si fuera obra de uno solo tendríamos esperanzas de que lo hiciera mejor el que le sustituyese mas adelante, pero habiendo puesto en ella todos las manos, de esperar es que lejos de mejorar vayamos á la total desaparición de la feria.

Esa apatía, esa indiferencia con que todos ven caer sin dar la mano, nuestras fiestas de Septiembre, es la característica de este pueblo compuesto de individuos egoístas é inactivos; y así vamos en todo de mal en peor y lejos de conservar el puesto que por razón natural nos corresponde en el orden de importancia de las ciudades españolas vamos perdiéndolo, dejando que otras poblaciones más pequeñas y con menos medios, pero más activas y laboriosas nos ganen la vez, por que siguen las

corrientes del progreso que nosotros torpemente desdeñamos.

Hoy gracias al caracter de Murcia, la feria que podía competir con las primeras de la nación, ha quedado reducida á unas cuantas seculares casetas, en donde se venden objetos de carton y barro, y unas cuantas veladas en la Glorieta, donde nos reuniremos mas por rutina que por distracción.

Claro está que con estos alicientes no vendrán forasteros y la feria no producirá ventajas á la población: en medio de nuestra desgracia tendremos el consuelo de que no vean ojos extraños el ridículo espectáculo de una población que dá pomposamente el nombre de feria á lo que en otra parte no querrian tener como fiestas de sus pobres barrios.

H.

(CUATRO CONSIDERACIONES)

LOS CONCEJALES Y EL PUEBLO

El espectáculo desconsolador, por no decir vergonzoso, que ofrece la sala de sesiones de nuestro municipio, los viernes por la tarde, hace que broten espontáneas una infinidad de consideraciones que no hay para qué enumerar, pues todo el mundo las comprende... ¡hasta las locas de la precitada sala!

Ya tenemos á *Perico el de los Palotes*, con su camisa más ó menos limpia y su traje nuevo de mejor ó peor corte, pagado ó por pagar, hecho nada ménos que todo un señor Concejal con voz y voto en el Ayuntamiento, aunque no sepa coordinar tres palabras y discorra como un adoquín.

También se dá el caso que vayan al Concejo pollitos de la crema, putitontos con cuello alto y botas de charol, caballretes con títulos profesionales, que están á la misma altura del concejal-tipo antes fotografiado, en cuanto á condiciones y buena fé. Y por excepción, no es justo negar que suelen ser concejales algunas personas dignas del cargo y que tienen entre otras condiciones indispensables sentido común.

Y volvamos á ocuparnos del Concejal-tipo.

¿Qué se propone este avechuchado, en el Municipio?

Ni el mismo lo sabe. Le ha dicho *D. Fulano* que vaya, y va; que vote, y vota; que no vaya, y

se queda tranquilamente en su casa.

Ni oye, ni ve, ni entiendo. Disfruta del derecho á agua fresca en verano, y de los otros derechos: disfrazarse con vela en las procesiones; asistir á funerales, también disfrazado; ver gratis los toros, cuando puede ser...; disfrutar de localidades gratis en juegos florales y otros juegos por el estilo; y llamarse concejal, que es el sumun de las aspiraciones de sus tiernas hijas, y señora dura ya, aunque fresca.

El otro concejal, el edil vividor, el politiquillo aprovechado, el picapleitos industrial, ese... ah! ese descubre otros muy distintos horizontes en el Ayuntamiento.

De aquella casa se pueden sacar muchas cosas... todas relacionadas con el estómago, ni una sola que no se parezca al vil metal.

Del Municipio salen negocios de muchas clases para el concejal de manos.

Las distintas comisiones suelen ser fuentes de ingresos considerables.

Lo que menos importa son los intereses del pueblo. ¿El pueblo! ¿Quién es el pueblo? ¡si pueblo no hay! ¡pues entonces!... Búsquese el concejal aquello que le proporcione medro personal, ingresos positivos ó algo por el estilo, y para qué quiera ocuparse del bien del pueblo, de Murcia, del Ayuntamiento?...

La caridad bien ordenada comienza por uno mismo: máxima que practican al pie de la letra y con toda la amplitud que admite, casi todos los concejales del segundo grupo: del grupo de los hombres de manos.

Y, no hay otro remedio, el concejal de buena fé se encuentra en minoría insuficiente para oponerse á la marcha de los asuntos municipales.

Con tales antecedentes á nadie puede ya extrañar que algunas sesiones en el Ayuntamiento se celebren con asistencia de cuatro concejales, y otras con cuarenta ediles de cuerpo presente...

El Municipio tiene sus épocas en que está muerto, para los concejales industriales. Todos los negocios sufren paralización en determinados periodos. Y como los *Pericos de los Palotes*, no van, que los llevan, hasta tanto que la sin razón reclama la ayuda de la abrumadora fuerza del número, el *tío Perico* se queda en su casa despachando localao en remojo, ó echando pau en remojo para las gallinas, si es

dado á las costumbres patriarcales.

Pues bien; ó por mejor decir, pues mal: de pronto se anuncian nuevas elecciones para concejales, y á pesar de que el pueblo conoce la realidad de todo lo anteriormente expuesto, acude á las urnas á depositar el sufragio á favor de este ó el otro calabaza ó vividor de oficio, que es el recomendado del cacique tal ó cual...

El pueblo cree que el Ayuntamiento no es suyo, sino de los caciques; y de hecho así sucede, pero de derecho es otra cosa. El pueblo no se preocupa en buscar una persona, veinte, cuarenta individuos dignos, honrados, inteligentes, que vayan al Ayuntamiento á moralizar la administración municipal, á defender los intereses de Murcia.

Y hasta los partidos radicales se encuentran contagiados de esta pasividad tan perjudicial para los intereses de Murcia. A ver qué concejales inteligentes y batalladores tiene el partido republicano, mi partido, en el Ayuntamiento? No conozco ninguno, sin que esto quiera decir que no los hay.

Pues, una de dos: ó el Ayuntamiento envuelto en la trampa arruina á Murcia, nos arruina, entiéndase bien, arruina á este pueblo, á esta ciudad que debía ser rica, próspera y floreciente, ó llevamos, es forzoso que llevemos otra gente, gente nueva con virilidad, energía, honradez é inteligencia al Ayuntamiento: concejales nuevos que den mate á los viejos, inservibles y maléficos concejales de ahora.

(DE LA UNIÓN)

LOS VALES

Parece ser, á juzgar por la prensa de La Unión, que están otra vez en vigor los odiosos vales que tantos disgustos é iniquidades tan atroces tienen producidos en aquel pueblo minero.

Los vales son una infamia, por que constituyen un robo alevoso que se hace al obrero. Obligarle á que compre en determinada tienda, es tanto como llevarle á que le explóten miserablemente. Pagar en vales es impedir al obrero que ahorre para mañana, es obligarle á vivir en una miseria odiosa, compararle con una bestia á la que se le dá el pienso... y nada más.